

1896 103

Ella

Luchó en la Manigua y Dice...

Los agosto 1957

NOTA DE REDACCION: Hace algún tiempo, la señora María Luisa Hernández Martínez, una cubana gloriosa, condecorada por el Gobierno, y que casó en plena manigua, hizo entrega a nuestro Jefe de Redacción, Roberto Pérez de Acevedo, de unas cuartillas contentivas de las impresiones y recuerdos de esa amazona cubana durante la epopeya del 95. Por estimar esos apuntes de mucho interés histórico, y que se trata de un testigo presencial, ECOS, desde este número, comenzará a reproducir esos apuntes, no sólo por el interés del tema, sino por la posibilidad de que los datos que brinda la señora Hernández Martínez puedan rectificar algunos puntos de nuestra historia o ampliar otros, por tratarse de un manuscrito inédito. La reproducción de estos apuntes, que trasladamos fielmente, dentro de su sencilla exposición, la hacemos, además, como un homenaje a la mujer cubana que se sacrificó y luchó en la manigua redentora. ECOS, además, reproducirá cualquier otro trabajo de esta misma índole que nos sea enviado, sobre la actuación de nuestras mujeres en la guerra del 95, siempre que se ajusten a la verdad histórica. Los apuntes de la señora Hernández Martínez los iremos publicando en este y números sucesivos de ECOS.

EN FEBRERO del año 1896 era Alcalde Municipal de Paso Real, perteneciente a la Provincia de Pinar del Río, Rafael del Pino, tío carnal de mi padre, y esposo de mi hermana Lola.

En aquellos días, después de haber terminado su famosa Invasión el general Antonio Maceo, de regreso de los extremos límites de Pinar del Río, acampó en nuestra casa. Es decir, levantó su campamento provisional en la casa particular del alcalde del término, con todo su Estado Mayor, entre los que recuerdo a Juan Bruno Zayas, José Miró, Alberto Nodarse y otros que no recuerdo.

La presencia de aquellos jefes de la Revolución en nuestra casa motivó que todas las mujeres de la familia nos dispusiéramos a confeccionar, de acuerdo con los deseos por ellos expresados, las escarapelas y los galones que necesitaban como distintivo de sus rangos respectivos.

Estando en esa labor de costura, llegó un mensajero y le participé al general Maceo que las tropas españolas se acercaban al pueblo, lo que dió lugar a la consiguiente confusión.

Recordo que en aquellos momentos el general Maceo, al enterarse de la noticia que se le acababa de comunicar, mientras Juan Bruno Zayas se recogía la alborotada melena bajo la copa de su sombrero

de amplias alas y salía a dar las órdenes oportunas, con toda calma, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, salió al portal y empezó a dictar el plan de combate, en verdad sangriento, que tuvo lugar momentos después en las afueras del pueblo. Viendo la calma de Maceo, yo me atemorizaba por el riesgo de que el general fuera herido a nuestra vista; pero su propio pundonor no le permitía hacer alarde de una prisa que, a pesar de todo, no estaba fuera de lugar en aquel caso. Más tarde fué cuando pude comprobar que aquella era su forma corriente.

Todavía la retaguardia de los cubanos estaba dentro de la población, cuando la vanguardia del ejército español, mandado por el general Luque, entraba en el pueblo por el otro extremo. Enseguida los españoles tomaron nuestra casa y la convirtieron en Hospital de Sangre. Allí pude ver de cerca al general Luque. Pero no observé con precisión los detalles de su persona, porque pensaba en aquellos momentos que mi cuñado Rafael del Pino, no obstante ser el alcalde, como dejo dicho, en verdad estaba absolutamente de acuerdo con los revolucionarios y, por su condición de autoridad, se veía obligado a hacer toda clase de cumplidos a sus enemigos naturales, aunque sólo fuera para borrar toda sospecha.

El encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar en una

Por MARIA LUISA HERNANDEZ MARTINEZ

Especial para ECOS

forma tan inesperada que cuando sonaron los primeros tiros todas las mujeres nos arrinconamos en el suelo y tratamos de cubrirnos con almohadas y colchonetas para resguardarnos hasta donde fuera posible de las balas.

Por cierto que recuerdo que en el amontonamiento, uno de los muchachos le dió un golpe en un pie a mi hermana Ursula, la que dió un grito, como si la hubieran herido, y nos alarmó a todos, hasta que nos pudimos dar cuenta de lo injustificado de la alarma.

Esto que relato acaecía por la tarde, en medio del tiroteo, que nosotros escuchábamos como si fuera a pocos metros de distancia. Y es que los cubanos, como estaban en la parte de campo, tenían que tirar sobre el pueblo, y las balas daban en las casas...

Al poco tiempo de haberse iniciado el tiroteo, sentimos pasar por el pueblo un herido al parecer grave, por los ayes lastimeros que profería. Más tarde supimos que era el comandante Mijares, de los españoles, al que llevaron a curar a un lugar distante de nuestra casa.

¡Rara casualidad! Entre los jefes españoles que acamparon aquella noche en nuestra

casa, figuraba el coronel Hernández de Velazco, que fué el que hizo prisionero a Rius Rivera y el que me hizo prisionera a mí también, trece meses después de estos hechos que estoy relatando, y siendo él el jefe del Regimiento de la Reina.

Recuerdo que cuando estábamos acabando de hacer la escarapela de Oscar Justiniani, que fué el momento de la sorpresa, recogimos como pudimos todos los trapos y los metimos en el forro de un catre de tijera. Después, cuando algunos de los españoles se adelantaron para preparar el alojamiento al general en nuestra casa, nos asaltaba el temor de que aquellos retozos nos descubrieran, por una de esas imprudencias inevitables. Pero ahora puedo comprender que si no fué así, ello se debió a la manera caballerosa como fuimos tratadas por todos los ocupantes de la casa. Verdad es que estaba allí el general Luque, el que había ordenado la instalación de cuantas guardias fueran necesarias para el mayor resguardo del local.

La importancia de este combate la demuestra, en primer lugar, la resistencia que hacían los españoles a los ataques de los cubanos, especial-

mente desde la iglesia, donde se hicieron fuertes para resistir el fuego de los contrarios que, aun sabiendo que nosotros estábamos allí no podían dejar de tirar. Pero más que nada lo demuestra el hecho de que los españoles formaron cuadros de combate, que los cubanos rompieron a filo de machete más de una vez, aunque perdiendo bastantes hombres en la refriega.

El mismo general Luque fué uno de los heridos, que llegó para curarse a nuestra casa. Por cierto que uno de los hijos de mi cuñado, que era médico, ofreció sus servicios profesionales a los españoles para aquel trance especial, servicios que fueron rehusados, porque los españoles

tenían toda la asistencia necesaria para el momento, a más de la natural desconfianza, por tratarse del jefe.

Aplacado el natural tumulto que en todo el pueblo produjo este combate, llegó la hora de comer; y el menú que teníamos preparado para comer con nuestros primeros visitantes fué mezclado con los platos que fueron confeccionados por el cocinero del Estado Mayor del general Luque, sentándonos todos a la mesa en medio de la más natural confusión.

Recuerdo que teníamos para comer, entre otras cosas, frijoles negros, arroz blanco y carne asada. Cuando la carne se estaba preparando, en vez de vino seco, alguien le echó un chorro de coñac, de

una botella que trajeron al efecto. Después, cuando estábamos comiendo, el coronel Hernández de Velazco, relamiéndose de gusto, decía:

— ¡Qué rica está esta carne!

Sin embargo, la verdad es que todos protestamos cuando nos enteramos de lo del coñac.

Este combate, tanto por el número de bajas del ejército español, como por el hecho de haber sido heridos dos de sus jefes, lo perdieron en realidad los soldados de Luque. Y lo demuestra el hecho de haberse pasado toda la noche los revolucionarios haciendo fuego sobre el pueblo, sin que los soldados del ejército español salieran del recinto poblado a combatir a los que tan tenazmente les provocaban.

Desde el pueblo se veían las luces del campamento de Maceo; pero no intentaron ir a sorprenderlo.

Ya bien entrada la mañana del día siguiente, a eso de las nueve, los soldados de Luque abandonaron Paso Real, llevándose en un coche, rigurosamente custodiado, a su jefe, herido en una pierna, como dejo dicho.

Después de aquel combate, una de las muchas páginas que he vivido de la Revolución del 95, los hechos que tuvieron lugar también merecen aparecer en estos Recuerdos.

Las páginas que siguen presentarán a los que las lean algunas escenas capaces de demostrar lo que fué la Revolución de Cuba.

Cons, ag 1, 1957



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA